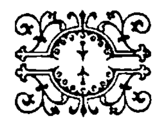
EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

VIII

AGOSTO 1892

¿QUIÉN HA VUELTO
DEL OTRO MUNDO?

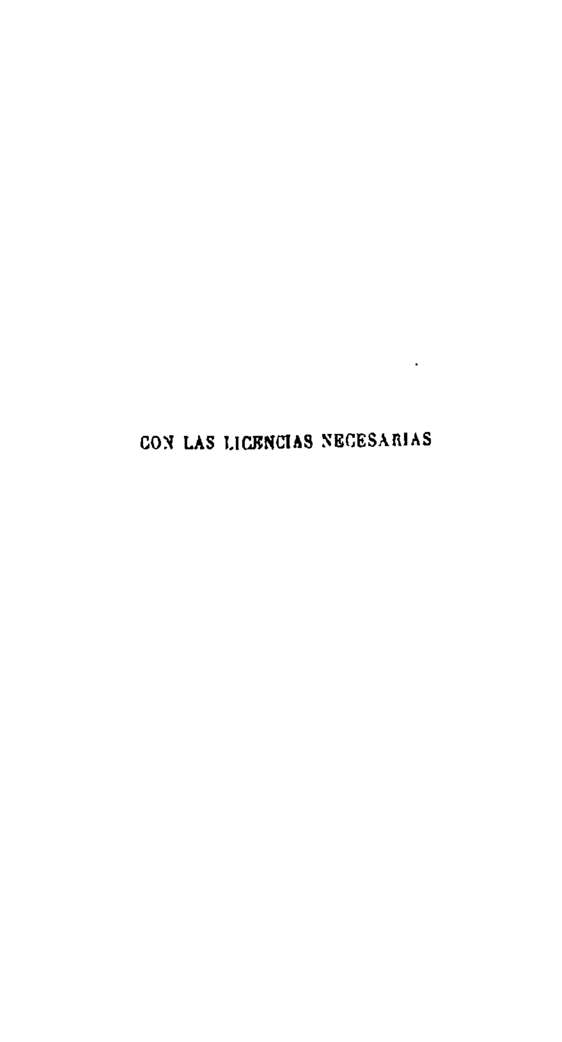


MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléf. 4.181

1892



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?

I

Si los que creen en el infierno son los sabios ó los tontos de capirote.

Allá por el mes de Marzo dirigíanse muy de mañana á la estación de Francia, en Barcelona, dos amigos de la niñez, sin que al principio se conocieran. Era el uno sumamente piadoso y notablemente instruído, y había conservado en su corazón las santas máximas que, desde niño, había aprendido de sus cristianos padres; el otro, aunque de bueno y generoso corazón, se había dejado avasallar por amigos perversos, esclavos todos del progreso y la incredulidad del día. Llamábanse éste Adolfo, y el otro Francisco.

Habiendo tomado entrambos su billete para Tarragona y metídose en el anchuroso

andén, iluminado aún por numerosos focos eléctricos, conociéronse y se saludaron con gran cariño.

—Adolfo,—dijo el uno,—¡qué placer experimento en poder saludarte después de tantos años de no haberte hablado!

—No es menor el mío, Francisco,—contestó el otro,—en poder departir contigo, pues tales ideas bullen por mi cerebro que no me han dejado descansar en toda la noche, y tengo necesidad de desahogar mi corazón con alguno que me entienda.

—¿Algún disgustillo de familia?

—Nada de eso.

—¿Pues?

Al ir Adolfo á exponer sus inquietudes interrumpióse la corriente eléctrica, apagóse la luz y quedaron los interlocutores casi á obscuras, sin otra luz más que la que despedían el fuego y los faroles de las máquinas que por allí maniobraban.

—¡Qué espectáculo más bello,—exclamó Francisco,—contemplar, en medio de las densas tinieblas que nos envuelven, el movimiento de esas locomotoras! Chico, ¿no te parecen á ti grandes monstruos que se mueven por arte de brujos ó del mismísimo

Satanás? Mira: para mí, esos dos grandes faroles encarnados en la testera semejan dos ojos ardientes como dos inmensas ascuas; la gran caldera cilíndrica sostenida por cuatro ruedas, el cuerpo enorme de la fiera; y los golpes de las bombas arrojando vapor, los resoplidos de sus potentes pulmones despidiendo hálito vaporoso. ¡Mira qué imponente es su marcha! No sería por cierto más grave y majestuosa la del megaterio, cuyos restos colosales y prehistóricos se conservan en el Museo de Madrid.

—Muy poético estás, Paco del alma.

—Honra que me haces, y condena mi indiscreción...

—Fuera, pues, poesías, y vamos á tus angustias.

En aquel instante volvió á brillar la luz eléctrica, y se dispusieron á tomar asiento en su vagón.

—¿Qué clase has tomado?— preguntó Adolfo.

—Pues, hijo, tercera porque no hay cuarta. Estamos en tiempos de economías, y deseo ahorrar para mis pobrecitos.

—Pues yo primera, que los obreros tenemos tan buen paladar como los ricachos

y burgueses; pero con sumo gusto entraré contigo en tercera y te manifestaré mis cuitas.

Metiéronse en el coche, y sentados el uno enfrente del otro, sonó el silbato y arrancó el tren para Tarragona.

—¿Y qué te pasa, hombre, qué te pasa, que estás tan pensativo que no parece sino que tienes dolor de muelas ó te persiguen los acreedores?

—Pues bien, te lo voy á decir aunque te rías de mí. Me pasa una cosa muy rara. ¿Quieres saber quién me persigue? Pues esos demontres de curas, que no dejan á uno en paz ni de día ni de noche. Ayer, arrastrado por mi esposa, fuí á oir una conferencia en la iglesia del Sagrado Corazón. Nunca hubiera ido. ¿De qué dirás que fué la bendita conferencia?

—¿Del infierno?

—Cabalmente. Y lo de siempre. El Padre de almas se despachó á su gusto, y nos envió á todos adonde esos benditos curas, que no tienen ni talento, ni caridad, ni sentido común, nos envían siempre... pues nada... á las *calderas de Pedro Botero*. Pero, ¡mira tú que es cosa! Que no han de poder

jamás dejarnos en paz y en gracia de Dios, y que no ha de haber más que infierno por arriba, infierno por abajo, demonios por acá, diablos por allá, eternidad por siempre jamás amén, y amenazarnos sin cesar con convertirnos en chicharrones de Satanás si no arriamos bandera y nos hacemos frailes, beatos ó poco menos. *Créanlo ó no lo crean*, gritaba el jesuíta como un energúmeno, *témanlo ó no lo teman, allí, en aquellas llamas eternas, encendidas por el soplo de la justicia de Dios, arderán por siempre jamás, si no se convierten á Dios y lloran sus extravíos, los libre-*

pensadores, los masones, los impíos... los... los... ¡qué sé yo!... Metió en el infierno á media humanidad... Casi no quedaban fuera más que las beatas (que eran las primeras que yo mandaba á aquellos barrios) y los chiquillos. Vamos, que el tal curita era un intransigente, un exagerado, un hombre inverosímil en este siglo...

—Y tú, ¿qué sentías al oir esas verdades? Te escocían, ¿es verdad? No me engañes. Aun me parece que te pican las palabras del Padre, y por eso te rascas...

—Hombre, mira: yo procuraba que no me hiciesen mella y que no me picasen... y no me salí porque no dijesen que tenía miedo; pero aunque no soy ni apocado, ni mojigato, bien lo sabes..., la verdad es que no he podido dormir esta noche. Porque es lo que yo me digo.—Caramba, ¿y si por chiripa el fraile tiene razón? ¿Y si hay infierno? Pues di que entonces la hemos hecho buena... Y eso es lo que yo quiero que tú me aclares. Nadie como tú. Te tengo por hombre de talento y de corazón. Y luego como estudiaste para cura... y sólo colgaste los hábitos porque, ¡vamos!..., la cara de aquella chica, que hoy es tu mujer, te gustó más

que la del Rector del Seminario..., que era muy feo por cierto.

—Déjate de cuchufletas, que el tiempo no está para ello, y al grano. Si dejé el Seminario tirando por la ventana mi suerte y mi porvenir, y preferí ser un buen seglar, casado y con hijos, á ser un mal cura sin vocación y sin espíritu, fué precisamente por miedo á esas llamas del infierno que á ti te traen ahora á mal traer, cosa de que me alegro en el alma.

—Gracias, y prosigamos, ó mejor entremos en materia, y hablemos claro y despacio. Vamos á ver. Eso que yo tengo ahora, llámese medrana, remordimiento ó como digáis los místicos, deben ser, á no dudarlo, escrúpulos de monja, porque es lo que yo me digo tal vez para tranquilizarme: ¿quién cree ya en el infierno en este siglo de tanta ilustración? ¿Quién hace caso del infierno? ¿Quién habla del infierno, sino, á lo más, los medrosos, los tontos y los beatos? Hoy teatros, Bolsas y Bancos, y mucha *guita*: ése es el cielo. Hambre, cesantías, miseria y contribuciones: ése es el infierno. Por otro lado, nadie ha vuelto de aquellas mazmorras, nadie ha visto siquiera el resplandor

de sus llamas. Por esto comúnmente yo *procuro* no sentir ni frío ni calor con las declamaciones de los curas, ni me espantan sus truenos y sus rayos, fuegos fatuos con que pretenden atemorizar á los medrosos. Á los tontos con esas monsergas. ¡Bonitos están los tiempos para asustarse con esas paparruchas! Yo, como Santo Tomás: ver y creer...

—Pues pobre de ti si para creer en el infierno tienes que ir á verlo. No, hombre; no digas barbaridades. Cree en el infierno, porque lo ha dicho Dios; pero para eso no necesitas verlo. Dios nos libre, amén. No son buenos el criterio ó las reglas que tú aduces para venir en conocimiento de la verdad. En primer lugar, según aprendimos cuando chicos, la fe es creer lo que no vemos, por donde lo que se ve, sea con los ojos del cuerpo, sea con los del alma, no se cree, sino que se palpa ó se contempla. Y si fuera preciso y necesario ver para creer, seguramente no creerías tú ni que Colón descubrió las Américas, ni que Roma, Londres ó París existan, puesto que ni tú has visto al amoso marino, ni has visitado jamás esas capitales.

—¡Toma! Si yo creo en las proezas y aventuras de Colón, si doy fe á la existencia de esas populosas ciudades, es porque lo primero así me lo aseguran libros dignos de crédito, y lo segundo lo publican quienes vivieron en ellas por muchos años.

—¡Bravo! ¡Muy bien! Y qué, ¿por ventura no te aseguran también la existencia del infierno libros dignos de toda fe, que corren en manos de todos con admiración y respeto de sus lectores? Abre los escritos de los hombres más sabios que en el mundo han sido, desde San Pedro hasta León XIII, de un San Agustín y Santo Tomás de Aquino, portentos de talento y de saber ; recorre todos los concilios, donde se reunieron en todos los siglos la flor y nata de los doctores católicos ; registra las obras más célebres de los que por su ingenio honraron nuestra patria, como los Padres visigodos, San Isidoro, San Eugenio, San Leandro, San Fulgencio; lee los infolios de los sabios todos de nuestra edad de oro, de Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Melchor Cano, Suárez, Lugo, Vázquez, Mariana y otros mil ; repasa las disquisiciones del filósofo más insigne de nuestro siglo, el pres-

bítero D. Jaime Balmes, y los escritos de todos los sabios católicos, quienes han sido los más sabios del mundo, y todos á una voz te dirán que á pie juntillas creen en la existencia del infierno sin haberlo visto jamás, y, por supuesto, sin tener ganas de verlo.

¿Y habrían estos doctorazos de tomo y lomo prestado su asentimiento á verdades tan espantosas sin razones concluyentes que les obligaran á ello? ¿Son esos insignes sabios, y mil y mil más, cuatro beatas ó cuatro mogigatos chupalámparas, capaces sólo de comulgar con ruedas de molino? Y, por otro lado, ¿qué interés tenían ellos, ni podían tener, en hacer creer que había infierno? ¿Cuánto salían ganando, ó qué sueldo cobraban por defender esa doctrina? Nada, nada, nada. Humanamente, más les hubiera gustado predicar lo que predican los tuyos: que «ancha Castilla», y que el que no goza es un tonto, y que eso del infierno á los mojigatos...; pero la fe, la tradición, la razón natural les hizo enseñar lo contrario; que sí, que hay infierno, pese á quien pese, y el que no lo quiera que procure no ir á él viviendo como Dios manda. ¿Estamos?

—Todo lo que acabas de ensartar, doctor querido, puede, á lo más, hacer titubear á varones pusilánimes; pero á hombres como yo, curados de espanto y asegurados de incendios, no le hace mella esa retahila de autoridades; queremos testigos más independientes y abonados que hagan alguna fuerza á la razón.

II

Si Jesucristo enseñó y predicó alguna vez que había infierno, ó si ha sido éste invención de curas y de frailes.

No sé, querido Adolfo, dónde podrás encontrar autoridades de mayor peso... Con todo, ya que así lo quieres voy á citarte otra irrefragable, que dudo te atrevas á rehusar.

—¿Qué autoridad es ésa? Porque yo, tratándose de que le tuesten á uno, las rechazo todas, todas, todas.

—La de aquel mismo que con su palabra divina creó aquella cárcel tenebrosa, y al imperio de su voz encendió las llamas eternas para castigo de los réprobos.

—¡Eso es mucho afirmar!

—Es la pura verdad, y lo vas á ver claro como la luz del sol.

—Veámoslo, pues.

—De los librepensadores, por lo menos aquí en España, muchos quieren pasar plaza de cristianos, y aun de buenos católicos...

—Yo soy uno de ellos, y me tengo por tan buen cristiano como el mejor. Bien : ¿y qué?

—Que Jesucristo, cuya divinidad supongo que admites, y si no yo te la probaré en otra conversación, nos asegura en muchos lugares del Evangelio que hay infierno, y me parece que él debe saberlo mejor que los *libre piensadores,* que niegan el infierno; porque claro es que no os conviene que lo haya.

—Te agradeceré me declares dónde y con qué ocasión asegura Jesucristo eso del infierno como lo entienden los curas. Fíjate bien.

—Escucha, amigo mío, y piénsalo bien, porque te importa. Refiérenos el sagrado Evangelio que, cuando el divino Maestro iba recorriendo los pueblos de la Judea y predicando en todas partes su doctrina de salvación y de vida, contó en una de sus conferencias esta instructiva historia.

«Vivían á un mismo tiempo, y en el mismo lugar, un hombre muy acaudalado y otro muy pobre, llamado Lázaro; y en tanto que aquél vestía púrpura y lino finísimo, y comía regaladamente, celebrando espléndidos banquetes, éste, harapiento y desarrapado, y cubierto de llagas, yacía á la puerta del epulón; y deseando saciarse con las migas que caían de la mesa del rico, no hallaba quien se las diera, ni encontraba allí otro alivio más que el que viniesen los perros y le lamiesen las llagas.

»Sucedió en esto que murieron entrambos; y al paso que Lázaro fué llevado por los ángeles á gozar dicha sin fin en el seno de Abraham, el ricachón fué sepultado en los ábismos del infierno. El infeliz, sumido en aquel mar de tormentos, cuando, levantando los ojos, vió á lo lejos á Abraham y á Lázaro rebosando satisfacción, exclamó diciendo:

—»¡Padre Abraham, compadécete de mí! Envíame á Lázaro, que venga á refrescar mi lengua con una gotita de agua, porque me abraso en estas llamas.

»Respondióle Abraham:

—»Hijo, acuérdate que durante tu vida

recibiste bienes en abundancia, y que no tuviste compasión de los pobrecitos, y Lázaro sufrió con dulce paciencia y resignación los males que le cercaban ; justo es que él reciba premio por su conformidad, y tú el debido tormento por tu falta de misericordia. Fuera de que media entre nosotros y vosotros un abismo insondable, de suerte que del todo es imposible vadearlo.

»Ruégote, pues, ¡oh padre!, —replicó el rico,—que lo envíes á mi casa, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los amoneste que no sigan mi mal ejemplo, no sea que tengan ellos también la desgracia de venir á caer en este lugar de tormentos.

»Contestóle Abraham:

—»Tienen á Moisés y á los Profetas; que practiquen sus enseñanzas.

—»No basta eso, padre Abraham,—dijo el condenado;—pero si alguno de los muertos fuese á ellos, entonces harán penitencia.

»Repuso Abraham:

—»Si no escuchan á Moisés ni á los Profetas, que creen inspirados por Dios, aun cuando uno de los muertos resucitase y fuese á predicarles, tampoco le darían cré-

dito, sino que lo atribuirían á magia y hechicería, como lo hacen con otros milagros.»

—Pero, hombre, tengo entendido que lo que acabas de contar no es historia, sino apólogo ó fábula; y vamos, que todo eso debe ser algún cuentecillo para meter miedo á la gentecilla crédula...

—Habla con más respeto de la palabra de Dios, y no por sacudirte la mosca eches á broma lo que es muy serio. ¿Crees tú que Nuestro Señor Jesucristo se ponía á contar cuentos para entretener á los ociosos? No, y mil veces no. Él, la Verdad increada, no podía engañarse ni engañarnos. Usaba, sí, parábolas ó semejanzas para explicar las eternas verdades al pueblo; pero es una horrible blasfemia suponer que todas ellas no encerraban verdades infalibles. Así, la parábola del rico epulón, sea fábula, sea historia, incluye la misma enseñanza y demuestra claramente que Jesús predicaba las penas del infierno, y que no hay *tu tía*: ó decir que Jesucristo no era Dios, ó apechugar con ese dogma, que es el que crispa los nervios de todos los que no andan derechos; por eso darían una oreja por destruirlo con sus só-

fismas ó sus necedades. Y si eso te parece poco, allá van más testimonios, ya que esta materia tiene miga y hay que clavetearla bien...

—Escucharélos con interés.

—Pues oye los siguientes copiados de sus libros canónicos, y falla con imparcialidad. En el libro de los Números se narra la rebelión de los hijos de Coré, Datán y Abirón contra Moisés, y las blasfemias en que prorrumpieron contra las disposiciones del Altísimo, y después añade que, en castigo de tales crímenes, *se hundió la tierra bajo sus pies, y abriendo su boca se los tragó... y cubiertos de tierra bajaron vivos al* INFIERNO.

Y en el libro de los Proverbios, capítulo V, se escribe: «*No te dejes llevar de las lisonjas de la mala mujer... pues sus dejos son amargos como ajenjos y penetrantes como espada de dos filos: sus pies corren á la muerte, y sus pasos van á parar en el* INFIERNO.»

Ahí puedes saborear, entre otros muchos que te pudiera citar, estos dos lugares, para que te persuadas de que la creencia en el infierno era cosa común entre los hijos de Israel.

Y para que no alimentes en punto de tanta importancia la menor duda, medita este otro pasaje del libro de la Sabiduría:

«Entonces, dice, los justos se levantarán con gran valor en contra de aquellos que los angustiaron y robaron el fruto de sus fatigas; á su vista se apoderará de los malos la turbación y un temblor horrendo, y asombrarse han de la repentina glorificación de aquéllos, gloria en que ni esperaban ellos ni creían ; y despechados, y arrojando gemidos de su angustiado pecho, dirán dentro de sí : Mirad, esos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros ludibrios y escarnios; esos, á quienes mirábamos con desprecio y vilipendio... ¡Locos de nosotros! Parecíanos su tenor de vida una necedad, y su muerte una ignominia... ¡Todo pasó como sombra! Así discurren en el INFIERNO los pecadores.»

—Si la memoria no me es infiel, este mismo trozo nos recitó con gran energía el predicador de ayer noche. Cree que, á pesar mío, todavía siento el cosquilleo que me causaron las tales palabritas...

—Ahora, para no dejar casi sin mención el Nuevo Testamento, te recordaré que

se encuentran en él muchos textos en los cuales se nos asegura con toda sencillez y llaneza que después de la muerte irán los buenos á recibir el galardón de sus virtudes, y los malos al infierno en castigo de sus culpas. Y, al describir el evangelista San Mateo el día del juicio, expresa la sentencia que Jesús, juez de vivos y muertos, lanzará contra los réprobos, diciendo: «*Id, malditos, al fuego eterno, criado para castigo de Satanás y de sus secuaces.*» Advierte que en ese pasaje contrapone nuestro Señor la eternidad del cielo á la del infierno; luego una de dos: ó no hay gloria ó no hay infierno, y lo que dure lo uno durará el otro. ¿Quieres todavía autoridades de mayor peso?

—Hombre, basta, basta de autoridades, que me vas á recitar toda la Biblia, y veo que tienes razón, y que para negar que hay infierno es preciso empezar negando la palabra de Dios. Pero repito lo que te decía al principio. ¿Quién ha vuelto del otro mundo? ¿Más que todo eso no probaría la venida al mundo de un condenado? ¿Y quién ha venido jamás? El muerto al hoyo y el vivo al bollo....

III

Háblase de algunos que han vuelto del otro mundo.

No extraño tu lenguaje, Adolfo queridísimo, porque es común evasiva de los librepensadores, cuando no saben qué responder ó se ven acorralados por las razones del adversario, apelar á chirigotas ó meter á barato las cosas más serias. No cantes victoria ni aun en el terreno de los hechos, porque los hay, sí los hay, y muchos, que vienen á confirmar la palabra de Jesucristo. Oye uno que se refiere en la vida de Santa Liduwina. Floreció esta ilustre virgen padeciendo todo linaje de dolencias en el lecho del dolor por espacio de treinta y ocho años, pero sumamente favorecida del Altísimo con gracias extraordinarias, entre otras con el don de penetrar lo más recóndito de los corazones de cuantos la visitaban.

Fué un día á tratar con ella un mancebo, el cual ocultamente sostenía una amistad ilícita que le conducía tristemente á su ruina eterna. La Santa exhortóle á romper valerosamente las cadenas que le arrastraban á la perdición, y á emprender una vida cas-

ta y sólidamente cristiana. —¿Y qué tiene usted que decir contra mí?, replicó el infeliz. ¿Por ventura puede Ud. poner tacha en mis costumbres?—¡Ay, desgraciado!, exclamó la enferma. Acuérdese Ud. de lo que hizo ayer noche, á tal hora y en tal casa, y verá que su conducta no está cristianamente ajustada.

Avergonzado el joven, fugóse á otro país lejano en compañía de la que era la piedra de sus escándalos. Allí permaneció por algunos años esclavo de sus torpezas, hasta que murió en la culpa su desgraciada manceba. Entonces tornó el pródigo á su patria, y la primera visita que hizo fué á la santa enferma, la cual le recibió con muestras clarísimas de caridad y de ardiente celo de su salvación.

—Vamos,—le dijo,—dé Ud. gracias á Dios por haber roto los grillos que no le dejaban volver á su divino servicio. Arrepiéntase Ud. de sus extravíos, y hecha una buena confesión, emprenda una vida del todo cristiana.

—¡Cómo! ¿Y qué sabe Ud. de mis grillos y cadenas?—contestó él.

—¡Oh, sí! Cónstame que se condenó por

haber muerto infelizmente la que fué cómplice de sus liviandades. ¡Oh! ¡Si la viera usted sumida en aquel abismo de eternas llamas!...

—Entonces tal vez creería en ese infierno, con que tanto quiere Ud. intimidarme.

Púsose la santa virgen en oración, y con ella consiguió del Señor que la infeliz condenada se apareciese al joven rodeada de llamas, y echando fuego por todas partes entre lastimeros gritos de rabia y desesperación.

—Pero, vamos, ese hecho lo contará algún cronicón de la Edad Media...

—Ese hecho, y otros mil análogos á ése, lo cuentan los Bolandos, que, como tú debías de saber, son, en punto á sensatez y sana crítica, de lo más grave que se conoce.

—¿Pero todo eso no podría ser obra de la imaginación, ó efecto de fascinación hipnótica producida por la enferma? Si hubieran presenciado el hecho muchos testigos imparciales, otra fuerza tendría tu narración...

—Pero, hombre de Dios, si en aquellos tiempos no se hablaba siquiera de hipnotismo... ¿Y te parece idónea para esas come-

dias una pobre enferma, oprimida de indecibles dolores, retablo de penas y amarguras? Mas ya que te empeñas en que te cite otros acontecimientos más ruidosos, escucha otro famoso y conocido que refieren los mismos historiadores, y lo confirmaron con juramento muchos testigos oculares, y que no ocurrió en la Edad Media, sino casi casi en nuestros días. Si lo niegas, también puedes negar que vivió Napoleón ó que Pepe Botellas estuvo en Madrid.

—Pues cuéntamelo, y á ver si me convences, que lo dudo.

—Solía San Francisco de Jerónimo recorrer en procesión las calles y alrededores de Nápoles para reunir auditorio en alguna plaza y dirigirle su apostólica palabra. Sucedió un día que una mujer desvergonzada, no queriendo oir los sermones del santo misionero, en sintiendo que se acercaba la procesión á su casa, convidadas algunas mujeres de su laya, y entrando en la danza algunos mozalbetes, se pusieron adrede á mover ruido con castañuelas, sonajas y otros instrumentos, para obligar al predicador á que se fuera con el sermón á otra parte.

Disimulaba el siervo de Dios con prudencia y caridad; pero aconteció una vez que, pasando por allí mismo con su procesión, vió cerrada la puerta de aquella mala mujer; y, vuelto á uno de los presentes, le preguntó: *¿Qué es de la Catalina?*,—que así se llamaba la desgraciada.—¿No lo sabe usted?,—respondió el otro.—Pues ayer le acometió un dolor, y murió de repente sin poder decir ¡Jesús!

En esto dijo el santo apóstol: —*¿Es muerta Catalina? ¿Y de repente? Vamos á verla.*—Entró con todos los que pudieron penetrar en la casa donde estaba el cadáver, mirólo atentamente, oró un rato, y después, revestido de superior impulso, con voz gravísima le preguntó: —CATALINA, ¿DÓNDE ESTÁS? Dos veces le hizo la misma pregunta sin obtener contestación; pero renovando por tercera vez con mayor imperio la intimación:—*Catalina, ¿dónde estás?*—levantó la difunta la cabeza, abrió los horribles ojos con pavor de los circunstantes, y con voz espantable y cavernosa respondió: —*¡En el infierno!... ¡Por una eternidad!... ¡Estoy en el infierno!*—Esto dicho, volvió á tenderse el frío cadáver, como antes. Todos salieron

de la casa llenos de terror, y á la salida iba el Santo repitiéndoles: —*¡En el infier-*



—Catalina, ¿dónde estás?
—En el infierno; estoy en el infierno...

no!... ¿Lo habéis entendido? *¡En el infierno, y por toda una eternidad!...* ¡Oh Dios mío! ¡Dios tremendo y justiciero!...

Tanta impresión hicieron estas palabras en aquel concurso, que muchos no quisieron volver á sus moradas sin primero confesarse, haciendo las paces con Dios.

Este acontecimiento, Adolfo, fué público y notorio en todo Nápoles, y se hizo de él jurídica investigación; y su verdad, jurada por testigos presenciales, sirvió poderosamente para el proceso de canonización de nuestro insigne apóstol.

—Amigo mío, esto es ya harina de otro costal, y si yo estoy allí me muero de canguelo; pero, ¿qué prueba un hecho aislado para una verdad de tanta transcendencia y terrorífica como la existencia del infierno?

—Para mí tanto prueba uno como ciento, como mil, si consta con segura certidumbre su autenticidad. Pero ya no es uno sólo, sino dos, los que llevo referidos, y pudiera contarte muchos más, antiguos y modernos, si no temiera causarte fastidio.

—Pues cuéntame algún hecho contemporáneo.

—Tomo la siguiente historia del insigne sacerdote Mons. Segur, el cual asegura que, cuando la escribía, vivían aún testigos del

hecho, y que por ser tan público y notorio nadie se atrevería á desmentirlo, como, en efecto, nadie lo desmintió.

En el invierno de 1847 al 1848 moraba en Londres una viudita de veintinueve años, tan vanidosa y llena de vicios como de oro, y eso que era riquísima. Entre los que frecuentaban las tertulias de su casa había un joven Lord, no menos vano y presuntuoso que descaradamente impío, el cual se mofaba de los que creían en el infierno, tratándolos de fanáticos, mentecatos y tontos de capirote. —¿Quién será tan crédulo y candoroso, clamaba, que dé fe á semejantes tormentos? ¿Quién ha vuelto jamás de aquellas cárceles? Cuando yo me muera, le prometo á Ud., señora, que un día le doy un gran susto viniendo á contarle lo que pasa por aquellos barrios. Pero esté Ud. tranquila; no vendré, porque por allí no pasa nada...

No desagradaban estas impías bromas á la viudita, á quien tranquilizaba mucho la idea de que no había infierno.

Una noche, estando en su lecho, con gran sorpresa é indecible pavor vió una luz pálida y extraña que parecía salir silenciosa de la misma puerta de su aposento, y creciendo

creciendo, se extendía por todo el cuarto.

Atónita, aterrada, despavorida, sin saber lo que aquello era, quiere huir, pero no puede moverse; quería gritar, pero la voz se le ahogaba en la garganta. Abrese de pronto la puerta, y ve entrar el joven Lord, cómplice de sus desórdenes, de sus crímenes. ¡Qué horror! Erizados los cabellos, los ojos desencajados, el semblante demudado, era la imagen del espanto y causaba increíble miedo el contemplarlo.

Imagínate ¡tú cuál sería el terror de la pobre viuda. Antes de que la miserable pudiera prorrumpir en palabra alguna, asióla fuertemente el joven por la muñeca izquierda, y, apretándosela, díjole con voz terrible y bronca: *¡Hay infierno! ¡Hay un infierno que no terminará jamás!* El dolor que experimentó la viuda en el brazo fué tal, y la impresión que aquella escena la causó fué tan horrible, que al instante quedó desvanecida.

Vuelta en sí, llamó con espantosas voces á la doncella. Presentóse ésta, y ¡justicia de Dios!, percibió gran fetidez de carne quemada, y notó con temblor que el brazo de la señora estaba horriblemente abrasado, y la

muñeca descarnada hasta el hueso, con evidentes señales de algún apretón de mano candente. Miró al suelo, y advirtió en la alfombra, desde el lecho hasta la puerta, huellas de pies igualmente hechos ascuas, que habían atravesado el tejido de parte á parte.

Al otro día supo la viuda, aterrorizada, que en la misma noche y hora de la aparición había el Lord muerto ebrio en brazos de sus sirvientes. El que refiere este hecho añade que por aquel entonces era la infeliz viuda muy conocida en Londres, y llamada con el nombre de *la viuda del brazalete de oro*, por llevar la quemadura cubierta con un adorno de este precioso metal.

—Muy bien, amigo mío; pero todos estos hechos se vienen al suelo por su propio peso; porque, dime, ¿pueden admitirse en justa y buena crítica sucesos que pugnan abiertamente con la razón?

—Si esta repugnancia es evidente, claro que no deben admitirse.

—Pues á mi corto entender, la existencia del infierno se opone y repugna á la sana razón...

En esto vino á interrumpirles el con-

ductor, pidiéndoles los billetes para taladrarlos; y el tren, amainando su velocidad, vino á parar en una de las estaciones del trayecto.

IV

Todo eso será verdad, pero mi razón protesta contra eso del infierno.

La existencia del infierno repugna claramente á las luces de la razón, de la ciencia, de... de... de...

—Basta con lo dicho, y no tartamudees más, querido Adolfo. ¡Qué razón ni qué calabazas! Las pasiones son las que rechazan el infierno. ¿Pero la razón? ¡Pues qué! ¿los que creemos en él somos irracionales? ¿Lo eran los santos y los sabios todos del Catolicismo? ¡Qué diantre! Estáis siempre á vueltas con la razón los que tenéis de ella la cantidad indispensable para ser hombres, y no hacéis caso de usar bien de ella para discurrir. Dime: ¿No tenemos todos, civilizados y bárbaros, grabada en nuestros corazones una ley que nos manda adorar á Dios Criador, amar al prójimo como á nosotros mismos; que nos veda blasfemar el santo nombre del Señor y causar á nues-

tros hermanos daño alguno en bienes y personas?...

—No lo niego, así me lo dicta mi conciencia.

—Luego esta ley debe tener su sanción, es decir, debe estimular á su guarda con la esperanza del premio, é impedir con el temor del castigo su infracción.

—Basta por toda sanción, Francisco, el testimonio de la conciencia, que consuela al que obra bien y atormenta con su torcedor al que se entrega al crimen. Recuerdo que oí en cierta ocasión á un jesuíta un hecho que viene en apoyo de esta verdad. «Una mañana, dijo, se postró á mis pies un gran criminal, el cual, entre otros gravísimos pecados, confesó que había cometido dos horrendos asesinatos, el uno sin cómplice, y el otro con ayuda de un joven tan desalmado como él. Por favor de Dios ó desgracia suya, el homicida quedó libre, al paso que su compañero cayó en manos de la justicia y fué condenado á muerte.

»Cuando dieron á éste públicamente garrote vil, el otro estaba presente contemplando la ejecución; pero, á pesar de gozar libertad completa, no tenía un momento

tranquilo. El gusano roedor no le dejaba punto de reposo. Cuando veo, decía, un Guardia civil, ya me tiemblan las rodillas, temeroso de que vengan á prenderme.

»Mis crímenes me persiguen por doquiera como al fratricida Caín. Ni aun en la misma cama duermo en paz, porque estoy con la inquietud de que, soñando, se descubra mi delito, lo sepa mi esposa y me delate.»

¿No es éste castigo suficiente para un hombre facineroso?

—Algo es, pero no suficiente, porque sin el temor del infierno, ó no habría remordimientos, ó no serían suficientes á refrenar pasiones violentas. ¿Por qué temía tanto ese criminal? ¿Por qué tiemblan muchos, y no tienen momento de descanso aunque estén seguros de la justicia humana? ¡Ah! Temen, sin darse tal vez cuenta de ello, *el más allá*, al Juez terrible que espera más allá de la tumba, y al que no pueden sobornar y del que no pueden huir.

Además enseña la experiencia que, á medida que se van echando callos en la maldad, se van apagando los gritos de la conciencia, hasta morir casi por completo

su gusano roedor. Y si dices que para estos criminales está la humana justicia como instrumento de la ley natural, te contestaré: ¡Buena está la humana justicia! ¿Qué crímenes venga esa justicia? Si lo examinas siquiera someramente, hallarás que, aunque alguna que otra vez impone un escarmiento, por lo común no castiga más que á los débiles y desamparados. Observa lo que pasa en nuestros tiempos, y tendrás que convenir conmigo en que, en tanto que grandes ladrones, después de haberse enriquecido con la sangre de los pobres, gastan lujosos coches y banquetean tranquilos, otros pobrecitos que, acosados por la miseria, robaron unas pesetas y á veces algunos céntimos, arrastran en los presidios pesadas cadenas y son maltratados como viles animales. ¿Has visto muchas levitas en los presidios? Y, sin embargo, bajo muchas buenas levitas se ocultan muchos perdidos.

¿Dónde está, pues, la justicia y recta sanción de la ley natural? No, amigo; no bastan los remordimientos y humanos castigos para contener al hombre en el cumplimiento de sus deberes; es menester el temor de unas penas que no se acaban jamás. ¿Acaso

no fué éste el sentir, no digo de todos los doctores católicos, que esto ya lo dijimos al principio de nuestra discusión, sino de todos los que brillaron en el mundo por su ilustración y saber?

—Eso lo dirás tú, que, al parecer, estás muy ducho en estas materias.

—Es que son de gran importancia, y es terrible é irremediable no acertar en ellas. Escucha, pues. No aduciré curas ni obispos, que para mí son los más imparciales y competentes; voy á citar escritores ajenos ó enemigos del Cristianismo, de quienes vosotros, los librepensadores, hacéis más caso que de los Padres de la Iglesia. De su testimonio se desprende que la creencia en el infierno se ha transmitido de siglo en siglo, desde los días de la creación hasta nuestros tiempos, y se transmitirá hasta el fin del mundo.

Cicerón, quien en su *Tratado de las Leyes* dice: «Bástame consignar que la pena divina es doble, ya que consta del tormento del alma de los malvados durante su vida, y de la desgracia que les aguarda para después de la muerte.»

Séneca añade: «Cuando hablamos de la

inmortalidad de las almas, en mi concepto no deja de tener gran peso el consentimiento de los hombres que temen el infierno.»

El médico Sexto Empírico, á pesar de su escepticismo, no se atrevía á negar que todos los hombres tuvieran conocimiento así del infierno como de los dioses.

No cabe, pues, duda que aquellos gentiles admitían las penas del infierno. Otra prueba de que así lo creían son los diabólicos consejos de Lucrecio, uno de los más impíos paganos contemporáneos de Cicerón. El infeliz exclamaba lleno de furor: «No hay reposo: es del todo imposible dormir tranquilo. ¿Y por qué? Porque se ve uno constreñido á temer después de la vida penas eternas. ¿Y qué mortal podrá ser feliz con el temor de penas?» ¿No manifiesta este infame que el temor de los tormentos del infierno anidaba en los corazones aun de los hombres más criminales?

Más tarde, Celso, discípulo aprovechado de la piara de Epicuro, y por ende mortal enemigo del Cristianismo, escribía estas significativas palabras: «Los cristianos tienen razón en pensar que los que viven santamente recibirán galardón después de la

muerte, y que los malvados padecerán suplicios eternos. Por lo demás, este sentimiento es común á todos los moradores del mundo.»

—Pues yo he leído que entre los pueblos salvajes de las Américas se hallan algunos que ni siquiera tenían idea de esas recompensas y castigos. ¿Cómo, pues, se puede asegurar que es sentimiento general y recibido en todo el universo?

—Aunque así fuera, Adolfo, pues los historiadores que mejor lo investigaron demuestran lo contrario, ¿qué fuerza tendría tu argumento contra lo expuesto? ¿Pueden ser representantes de la razón sana unos pueblos embrutecidos por la embriaguez y la lascivia, entre cuyos sujetos apenas si se descubría un destello de inteligencia? Es, pues, claro que en todas las naciones donde brilla con algún lustre la razón natural, allí se creyó en la existencia del infierno.

—No lo proclaman así nuestros librepensadores, sino que desprecian semejante creencia como espantajo ideado para contener á los ignorantes.

—Pocos son, amigo, y aun, como acabas de ver, luchando contra las sanas corrientes

del humano linaje. Librepensador era Voltaire, y, no obstante, suya es esta confesión: «Los caldeos, los asirios, los egipcios, creían en las penas eternas. Después de éstos, hallamos las mismas creencias entre los griegos y romanos; en una palabra, en todas asi naciones de la tierra.» Y como un ca-[illegible]ada suyo le escribiera: «En fin, estoy en que he descubierto razones las cuales me demuestran que no existe el infierno», aquel filosofastro, que tenía interés y empeño, como todos los que viven como él, en librarse de semejantes temores, después de haber pesado las razones aducidas, no pudo menos de responder con esta formal confesión «Amigo, es Ud. bien feliz con tal persuasión; yo no he podido aún llegar á tanto.»

Librepensador era Diderot, y filósofo tan crapuloso y tan cínico que osó decir: «Entre mi perro y yo no hay más diferencia que el vestido.» Con todo, poniendo en escena su alma depravada, sostiene este diálogo:

«—Si abusas de tu razón, serás despreciada, no sólo en vida, mas después de la muerte en el infierno.

»—Y ¿quién te ha dicho que existe un infierno? Aun en caso de sola duda, debieras

conducirte como si existiera en realidad.

»—¿Y si estoy seguro de que no lo hay?

»—Yo te reto á que me lo pruebes.»

Ya ves, amigo; aun el infame *Diderot*



—Padre, qué chasco para Ud. si no hay cielo.
—Hijo, qué chasco para ti si hay infierno...

temía el infierno, y no podía borrar de sí la duda torcedora de ¿quién sabe si es así, como nos predican? Y si lo es, ¡cuánto daño me acarrearán mis extravíos! Y si no lo es, ¿qué detrimento me traería el creerlo?

A este objeto te voy á referir, para tu edificación, una anécdota: En una mañana de invierno en que corría un viento helado, iba un pobre Padre capuchino recorriendo la calle con los piés descalzos y agrietados, vestido pobrísimo y remendado, semblante demacrado y pálido, predicando con su aspecto mortificación, pobreza y penitencia. Unos mozalbetes que le vieron, asombrados de aquella vida de cruz y de abstinencia, le dijeron: —¡Oh, Padre! ¡Qué chasco para sus tristes canas si no existe el cielo que Ud. se promete!

El santo religioso, echando á aquellos infelices una mirada de compasión, repuso:

—¡Ay, hijos! ¡Qué desencanto para vosotros en la hora de la muerte si de verdad existe, como yo creo, un infierno donde arden y arderán los condenados!

En efecto, mucho, muchísimo de sentir sería no poder gozar del cielo que esperamos; pero mucho, muchísimo más de temer es que, perdido el cielo, tengan los malos que arder en las eternas llamas... Mira, Adolfo, piensa con frecuencia nada más que en estas breves palabras. ¿Y si hay infierno?

V

Si el bien de la sociedad exige la creencia en el infierno.

¿Qué te parecen, Adolfo, las doctrinas de esos herejotes sobre el asunto que debatimos?

—Parécenme de perlas; porque bueno es se finjan esos temores para contener las masas en sus deberes. De otra suerte, ¿á qué vendría á parar la sociedad? El vulgo es ciego, y con cualquier patraña se contenta.

—Absurdo, Adolfo, absurdo. La ficción y engaño son impotentes para conducir al hombre al fin de la sociedad, porque tarde ó temprano se descubren. Hemos, pues, de convenir en que Dios, autor y criador de la sociedad, infundió en sus miembros, sabios é ignorantes, el temor de las eternas penas, obligándolos á la guarda de la divina ley, base de sólida paz y prosperidad verdadera. Y ¿quién se atreverá á sostener que Dios puede apelar al engaño para sus elevadísimos fines?

—Medio es, á mi entender, para conseguir el orden y la paz, primero la promulgación de leyes civiles que pongan coto á

los desórdenes de los criminales, y segundo la elección de gobernantes probos y activos que velen por su observancia.

—Medio es, pero ineficaz; porque, ¿quién contiene á los Gobiernos tiránicos que se extralimitan? ¿Quién castiga á los súbditos que, sin ser vistos y aparentando honradez, se lanzan al crimen? Además, ¿qué nos demuestran los desórdenes y anarquía que nos amenazan? Las bayonetas, cañones y cadalsos son insuficientes, porque á las bayonetas se responde con la dinamita y el puñal; mas á las divinas amenazas, intimadas por los ministros del Omnipotente, ¿con qué se responde?

Por esto los incrédulos mismos confiesan que Dios no pudo fundar con solidez las humanas sociedades sin amenazar con los tormentos del infierno á príncipes y vasallos que intentasen gravemente perturbarlas. Voltaire lo proclama sin ambages. «Yo no quisiera, dice, tener trato con un príncipe que no creyera en el infierno; porque si él hallaba interés en hacerme triturar en un mortero, á buen seguro que sería molido.»

Para los vasallos, añadía Voltaire: «Si

fuera yo soberano, huiría de relaciones con cortesanos que no creyeran en el infierno; porque, si encontrasen algún provecho en darme veneno, acaso á cada triquitraque tendría que tomar triaca ó contraveneno.» De todo lo cual concluye aquel impío: «Es, pues, de todo punto necesario para reyes y pueblos que la idea de un Ser Supremo, criador, gobernador, *remunerador y vengador*, esté profundamente grabada en todos los espíritus.»

—Convengo en ello, Francisco, porque comprendo que, gentes sin fe en un Dios justiciero, siempre que pudieran contar con la impunidad y el sigilo cometerían sin freno todas las maldades imaginables. ¿No vemos en estos tiempos tan ilustrados cómo, á medida que aumenta el libertinaje, apoyado y patrocinado por Gobiernos descreídos, se multiplican los asesinatos, duelos, suicidios, robos, venganzas y toda clase de lo que hoy llaman *irregularidades*, y en castellano se llaman robos, crímenes y picardías? ¿Quién no se estremece con la infausta noticia de que en una sola semana ha habido en París más suicidios que días tiene el año?

Lo confieso con franqueza: estoy en que todos esos crímenes vienen, como de su fuente, de sobra de incredulidad, de indiferentismo y falta de fe.

Pero, ¿qué quieres, amigo? A pesar de comprender todos estos tristes resultados con claridad, no puedo resolverme á creer que Dios castigue con el infierno á sus criaturas. ¿Cómo es posible que un Dios infinitamente bueno, un Padre cariñoso, misericordiosísimo, como predican los sacerdotes, tome tan cruel venganza de sus criaturas? ¿Que un Padre tan bondadoso se complazca en ver tostar á sus hijos por cosa de tan poco momento como es el pecado? Vamos, vamos, eso es tener muy mala idea de Dios y juzgarle muy mal. Yo tengo mejor opinión de Dios que tú, que lo conviertes en una especie de eterno é implacable Torquemada...

—Déjate de Torquemadas y de embarullar las cuestiones. Oye nada más que una palabra. En esto y en todo, ¿á quién hemos de creer, á ti y á los tuyos, ó á Dios? Pues si á Dios, y sólo á Dios, ¿qué valor tienen todas las argucias de cabezas de chorlitos?.. Pero antes de responderte más despacio

tomemos un desayunito, que ya estamos en el empalme de San Vicente.

VI

Pero si Dios es tan bueno...

REFOCILADOS ya los contrincantes con una buena taza de café con leche, metiéronse de nuevo en el coche, y al instante partió el tren.

—¿Conque decías tú, amigo Adolfo, —dijo Francisco,—que por ser Dios tan bueno no puede castigar las almas con el fuego del infierno?

— En efecto; eso digo yo, y conmigo media humanidad...

— Pues contéstame: ¿no es verdad que, cuanto mejor es uno, tanto más abomina y detesta la maldad y el pecado?

— Convenido.

— Luego Dios, que es infinitamente bueno, debe aborrecer la culpa á proporción de su bondad, es decir, debe odiar el pecado con odio infinito.

¿Y cómo se manifiesta este odio irreconciliable sino por el modo más expresivo, con el castigo de los que se obstinan en morir en él?

Estás, pues, en error crasísimo; y tan lejos están la bondad y la justicia de oponerse á las penas del infierno, que antes bien las reclaman con toda su fuerza.

—Pero, Francisco, Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, ¿cómo ha de sufrir que sus hijos ardan sumidos en un mar de fuego? Esto es demasiado cruel, es bárbaro; es hacer de un Dios un tirano, un Nerón, un...

—No te sofoques y no discurras como las mujeres, con el corazón y los nervios, sino con la cabeza. Mira, Adolfo: nunca es cruel lo que no traspasa las lindes de la justicia; y si Dios es Padre lleno de caridad, es á la vez Juez justísimo, que falla sentencia según ley. Vaya de cuento.

Refiérese que predicaba en cierta ocasión en la iglesia de su convento un fraile, ponderando con santo celo las misericordias de Dios para que los pecadores arrepentidos volasen con gran confianza á su seno para pedir perdón de sus culpas. Escuchábale un lego; y creído que tanto aladar la bondad de Dios sin hablar palabra de su divina justicia era dar alas á los pecabores para continuar en sus vicios, apenas

el Padre hubo concluído su sermón, subióse el lego al púlpito y dijo: —Hermanos míos carísimos: cuanto acaba de predicar el Padre es verdad evangélica; pero no os fiéis, porque os digo, y no me lo negaréis: *á Dios, quien se la hace se la paga.*

Adolfo, inmensa es la bondad de Dios, pero también es infinita su justicia.

Y puesto que tanto encomias el amor de padre, respóndeme á esta pregunta: ¿Qué padre tendrías por mejor, aquel que dejase obrar á sus hijos á su antojo, sabiendo que se deslizan en excesos infamantes, ó aquel que los reprimiera, aunque fuera castigándolos severamente, según la malicia de sus faltas?

—En eso no hay que titubear: juzgaría más laudable y digno de imitación aquel que hiciera sentir la fuerza del látigo sobre las costillas del hijo delincuente, que no aquel padre bragazas que dejase las culpas impunes, sin el menor correctivo.

Sin embargo, debes advertir y tomar en cuenta que, así el padre como el buen príncipe, buscan en la aplicación de la pena la enmienda del culpable; mas en el infierno los condenados son incorregibles. ¿Cómo

se componen, pues, y hermanan aquellos tormentos con la bondad ilimitada del Señor? ¿Para qué el castigo, si no es posible la enmienda?

—Sea como fuere, infiérese de la comparación propuesta que la imposición del castigo cuadra perfectamente á la bondad del superior cuando en ello se propone y busca un fin recto y santo. ¿Y quién te ha dicho que para el superior que castiga no puede haber otro blanco sino la corrección del criminal?

—Yo no alcanzó otro digno de la bondad de Dios.

—Pues á mí se me ocurren otros dos más nobles y levantados, y son: primero, el bien de la sociedad, que siempre debe anteponerse al provecho del individuo; y segundo, la reparación del orden perturbado por la culpa.

Me explicaré. Cuando el hombre se deja esclavizar por sus pasiones y se precipita en excesos reprobados, en cuanto está de su parte influye con sus escándalos en los demás para que se arrojen á los mismos extravíos.

¿Cómo remediaremos, pues, este grandí-

simo daño, y evitaremos las consecuencias naturales del contagio? Con el castigo del culpable, que sirva de escarmiento y contenga á los inocentes ó tentados en el cumplimiento de sus obligaciones. Así como el experto cirujano corta el miembro gangrenado y lo arroja al fuego para que no inficione á todo el cuerpo con peligro de la vida, de un modo semejante un príncipe prudente y un padre solícito cortan también de la sociedad al súbdito escandaloso para que no contagie con sus desórdenes á los demás y los arrastre á su ruina. ¡Cuánto más elevado es este fin que la simple corrección de un solo sujeto! Para impedir, pues, que los buenos se perviertan y se dejen llevar de concupiscencias reprobadas, arroja Dios á los infiernos los pecadores endurecidos. Cuando la ley corta la cabeza al criminal, ¿espera acaso que con esa pena se corrija de sus extravíos? Pues bonito remedio para hacerlo hombre de bien....

—Comprendo la necesidad de algún ejemplar escarmiento para reparar los efectos del escándalo; pero, ¡cuántas veces hay culpas y delitos secretos y ocultos que no trascienden al exterior! Y en este caso,

¿cómo se justifican semejantes suplicios?

—Aun en este caso es menester una reparación; así lo exige la justicia. Como Dios crió al hombre para su gloria, es á saber, para que, conociendo sus divinos atributos y perfecciones, le sirva y alabe, es en el hombre un deber rendir al Criador este homenaje; cuando, pues, un sujeto huella con criminal osadía los preceptos de Dios, y le niega la obediencia que le es debida, ¿qué pide, la justicia en semejante caso? Que se restablezca el orden perturbado, y que la criatura que de buen grado no quiso obedecer á Dios se sujete á su imperio por el castigo; y que aquel que se resistió á glorificar la divina Bondad con la esperanza del galardón eterno, reconozca y confiese la divina Justicia, sufriendo los tormentos del infierno, por donde los justos bendigan y ensalcen la grandeza y majestad del supremo Remunerador.

VII

Pero eso es cruel... ¡Por un pecado... un infierno!!

CANARIO, que veo que en esto del infierno sabes más que el jesuíta de anoche. No parece sino que has estado allí.

—Porque no quiero ir, querido mío, por eso lo estudio. Otros, á fuerza de olvidarlo, se van á él de cabeza.

—Pero otra objeción: ¿qué proporción hay entre los suplicios infernales y una cosa de tan pocos momentos cual es la culpa? ¿Dónde aparece el restablecimiento del orden trastornado por ella? Por más que profundice, no puedo alcanzar cómo se aviene la justicia de Dios con tan gran castigo. Vamos, es para volverse locos.

—He ahí otro de tus errores manifestados poco há. ¿Dices que la culpa es cosa de poco peso? ¡Válgame San Crispín! ¡Si no hay mal en el mundo que iguale su malicia: el mayor mal de Dios y de la criatura...!

—De la criatura lo comprendo, si es verdad que le acarrea penas insufribles, como tú dices; pero á Dios, ¿qué daño le puede causar la culpa, por grave que sea? Dios es inmortal é impasible. ¿Qué mal le hago yo á Dios con un mal pensamiento, ó porque no me dé la gana de ir á misa un día de fiesta?

—Claro que, con que tú no vayas á misa, Dios no deja de ser Dios; ni le quitas, ni le pones.

Dios es invulnerable, no hay duda, y por esta parte no puede recibir herida ni daño interior; mas hay otro mal, que se llama insulto, ignominia, menosprecio, que un varón honrado siente más que la muerte, y este mal es el que irroga la criatura al Criador por el pecado, y por ello, en cuanto está de su parte, es el pecador deicida y reo de lesa divina Majestad. Lo entenderás por una comparación.

Preséntase en público un poderoso monarca, blindado con vestido metálico, impenetrable á las balas; le sale al encuentro un asesino, y le dispara un tiro con ánimo de quitarle la vida. ¿No sería éste reo de regicidio y sentenciado como tal, por más que el soberano no hubiese recibido daño ninguno?

Pues ahora aplica tú la semejanza. El pecador no mata á Dios, porque Dios es immortal; pero, por lo que al pecador toca, menosprecia á Dios, digno de toda alabanza, se burla de su majestad y dice, siendo un gusano, á la majestad divina: «No quiero, no me da la gana de observar tu ley». Quédate con tu cielo, que yo prefiero hacer mi gusto y dar oído á mis pasiones.»

—Muy exagerado me parece todo eso; yo no veo cómo una sola culpa pueda encerrar tanta maldad.

—Escucha. ¿No es menosprecio del monarca pisotear en su presencia las disposiciones en que cifra el logro de sus planes, llenos de sabiduría y de bondad, y pisotearlas á pesar de las terribles amenazas con que conmina á los infractores?

—No cabe duda.

—Pues eso hace el pecador en presencia ó en la cara misma del Altísimo. Dice su divina ley: no jurarás el nombre de Dios en vano; y se levanta el blasfemo, y se encara con el supremo Legislador, y le escupe en el rostro, profiriendo esas blasfemias, que parecen inventadas en lo más profundo del infierno. Dice la divina ley: santificarás las fiestas; y se presenta el impío, y, burlándose de Dios, exclama con las obras: pues á mí no me da la gana; y en vez de descansar, como Dios manda para bien del obrero, se entrega á la labor con toda osadía. Dice la divina ley: no tomarás venganza, no fornicarás; y vienen el asesino, el duelista, el lascivo, y en presencia del mismo Dios, que penetra lo más secreto

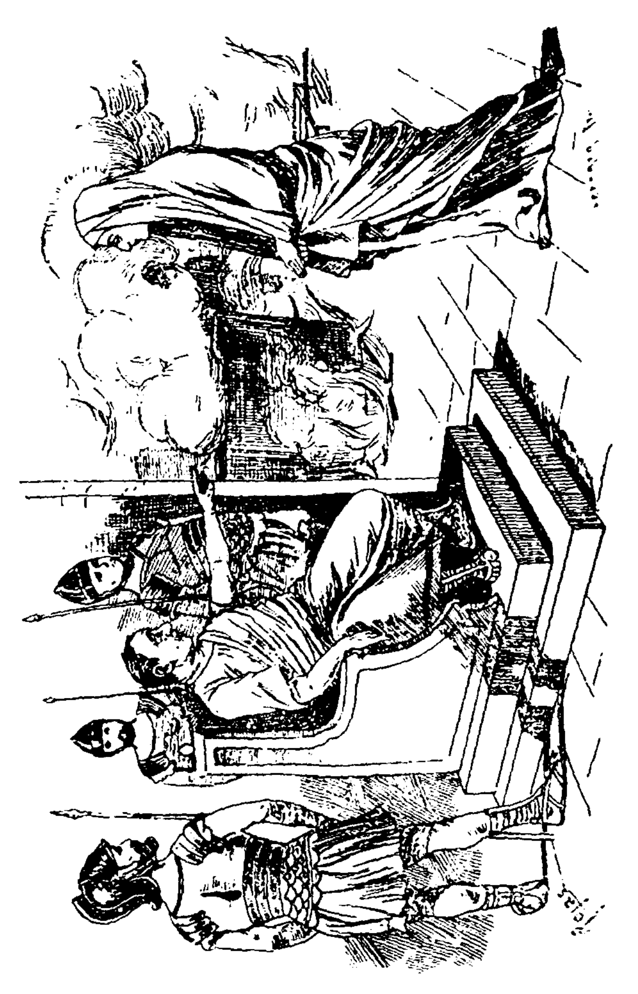
de los corazones y los amenaza con suplicios eternos, exclaman con sus hechos: no me amedrentan esos espantajos; quiero ser libre para hacer de mi capa un sayo.

—Voyme convenciendo de que hasta ahora había caminado sin tiento al borde de un espantoso precipicio, poniendo en duda un dogma de tanta transcendencia. ¿No es preferible padecer todos los tormentos de la vida antes que ponernos á riesgo de condenarnos eternamente?

—Eso hicieron, Adolfo, todos los mártires, confirmando con su sangre la verdad de que no hay mal tan digno de ser aborrecido y llorado como el pecado, que tanta desgracia causa al infeliz que se endurece en él. Para que acabes de resolverte á romper las cadenas de tus errores y peligrosas amistades, admira la heroicidad y respuestas de dos piadosas mujeres.

Corría el año 285 de la era cristiana, cuando Domnina y Teonila fueron prendidas como católicas y metidas en la cárcel, donde aguardaron la llegada del procónsul de Cilicia, llamado Lisias. Llegado allí, mandó que le presentaran á Domnina. Al momento compareció la santa llena de gozo,

con la esperanza de padecer por Jesucristo. Con el fin de acobardarla é infundirle te-



rror, habian hacinado allí muchos instrumentos de suplicio.

—¿Ves,—díjole el juez,—ese fuego abrasador y esos instrumentos de muerte? Para ti están preparados si rehusas ofrecer sacrificio á los dioses.

—Yo no adoro otro Dios que al Eterno, y á Jesucristo su Hijo. ¿Qué son vuestros dioses, sino trozos de barro ó de madera?

Irritado Lisias, le contestó:

—Unos momentos más, y si resistes te mando arrojar á las llamas.

—No me espantan vuestros tormentos, ni vuestro fuego, que pronto se apaga; temo los tormentos eternos y aquel fuego que nunca se extingue.

—Desnudadla, pues,—clamó Lisias,—y azotadla hasta quitarla la vida.

Así lo ejecutaron los sayones, y Domnina expiró victoriosa, siendo su cadáver arrojado á las llamas.

Apenas acababa de arder, mandaron comparecer á Teonila, á la cual dijo el procónsul:

—Ya ves el suplicio que te amenaza si persistes en no querer prestarme obediencia y sacrificar á los dioses.

—Sabe, ¡oh, señor!, que no me imponen miedo ninguno tus amenazas; sólo me ate-

rroriza el fuego eterno, y por no caer en él adoro yo á un solo Dios, y á Jesucristo, su Hijo, que juzgará á justos y pecadores.

El juez, fuera de sí de ira por tan valiente respuesta, mandó atormentarla hasta que muriese en el suplicio.

Así terminaron su mortal carrera estas dos heroínas, prefiriendo mil veces sufrir todos los tormentos primero que correr peligro de condenarse por toda una eternidad

—Me explico esa fortaleza por la preocupación y fanatismo, que en las mujeres tiene mucha mayor fuerza que en varones prudentes y de razón. ¿Cuántos de éstos se hallarían que hubieran expuesto su vida por motivos semejantes?

—A millones, Adolfo, y hombres de gran saber. Ahí está un San Policarpo, discípulo de San Juan Evangelista, á quien la idea del fuego del infierno infundió valor para el martirio en la edad avanzada de noventa y cinco años. Díjole el procónsul:

—Voy á arrojarte á ser pasto de las fieras si no renuncias á Jesucristo.

—No las tengo miedo,—respondió el confesor;—que por los sufrimientos llegaré á la corona de justicia.

—Si no tienes miedo á ser molido por los colmillos de las bestias feroces ,— repuso el tirano ,—te haré consumir por abrasadoras llamas.

—Tampoco me espantan. Tú , ¡oh juez!, me amenazas con un fuego que dura poco y luego se apaga ; es porque no conoces el fuego del juicio venidero y del suplicio eterno reservado á los impíos, que no se apagará jamás. ¿ Á qué aguardas, pues ? Cumple tu deseo.

Pronunciaba el mártir estas palabras con un tono tan lleno de valor y de alegría, y con aire tan gracioso y de triunfo, que el procónsul quedó asombrado de una virtud tan heroica en anciano cargado de canas. No es, pues, de mujeres devotas temer el infierno y obrar cosas grandes movidas por este temor; es de varones grandes y esclarecidos por sus conocimientos y sabiduría, como un San Policarpo.

VIII

Observa los mandamientos, confiésate bien y... creerás en el infierno.

Veo , Francisco , que nos vamos acercando al término de nuestro viaje, y antes de despedirnos quiero descubrirte

la lucha que experimenta mi pecho. Desde el sermón de ayer noche quedó herido mi corazón con la consideración de las eternas penas, que tan vivamente nos pintó el buen predicador en la iglesia del Corazón de Jesús. De esto debieran tratar á menudo los predicadores, porque es verdad importantísima. Y ahora, con las razones y argumentos que tú me acabas de exponer sobre la misma materia, estoy que no sé lo que me pasa.

—Algo he advertido en tu semblante, imagen de tu lucha interior....

—Por una parte, brotan en mi alma vivos deseos de asegurar, cueste lo que cueste, mi salvación eterna como el negocio más importante de la vida; porque me digo en mis adentros: si me salvo, he sacado la lotería, está ganado el premio gordo; si me condeno, todo está perdido y para siempre jamás. Mas por otra parte me abruman otras mil dudas que quisiera ver desvanecidas, y el terrible temor de lo que dirán mis amigos, de las dificultades que me opondrán, y de sus sarcasmos y cuchufletas; en fin, me encuentro ahogado en un mar sin fondo, perdido en un laberinto sin salida.

—¿Quieres seguir mi consejo, amigo?

—En esto estoy, pues vivo convencido de la gran bondad de tu corazón.

—Pues proporción tienes en Tarragona de hallar luz en tus dudas y consuelo en tu aflicción. Vete á la catedral ó á otra iglesia, confiésate, y desaparecerán todas tus vacilaciones y temores.

—¿Confesarme yo?

—Sí, Adolfo; confesarte. Y ya que tan poco tiempo nos resta de estar juntos, quiero que medites el hecho histórico que te voy á referir por despedida.

A principios del protestantismo, recorría algunos lugares de Alemania inficionados por la herejía el celoso beato Pedro Fabro, compañero de San Ignacio. En uno de los pueblos de sus apostólicas excursiones visitóle un cura contagiado del virus protestante, y le encontró que estaba rezando el Oficio divino. Con todo, interrumpiendo su rezo, preguntó al señor cura: ¿Qué se le ofrece á Ud., señor mío?

—Padre Fabro,—le dijo,—venía á proponer á Ud. gravísimas dificultades, que me oprimen contra la religión católica y á favor de las nuevas doctrinas.

—Tenga Ud. la bondad,—le contestó el

Padre, —de aguardar unos momentos á que concluya mi Oficio, y luego estaré á las órdenes de Ud.

Sentóse el sacerdote para que el Padre



—No puedo creer en el infierno...

—Observe los mandamientos, confiésese bien, y verá cómo cree.

diera fin á su ocupación sagrada, y el Padre, tan presto como concluyó su rezo, se dirigió al señor cura y le dijo:

— Estoy á sus órdenes de Ud., señor cura; pero le confieso que me parece inspiración de Dios lo que voy á proponerle an-

tes que entablemos discusión para disipar sus dudas.

—¿Qué inspiración es, Padre mío?

—Que antes se confiese Ud.,—le contestó el santo varón.

—Pero, hombre de Dios,—repuso el sacerdote,— si no venía para ello, ni tampoco estoy preparado.

—No importa,—replicó el Padre;—basta la buena voluntad, y Dios suplirá lo que falte.

Tanto hizo, tanto dijo y tanto suplicó el P. Fabro, que al fin recabó del señor cura que, arrodillado á sus piés, confesara humildemente sus culpas. Aquel apostólico y santo varón, penetrando las llagas de su penitente, consiguió con gran dulzura que le abriera toda su alma y concibiera eficaz propósito de mudar de vida. Terminóse la confesión con gran consuelo de su ministro y no poca satisfacción del penitente. Entonces invitó el P. Fabro al señor cura á que le propusiera todas sus dudas y dificultades, á lo cual contestó el otro:

—Padre mío, todas se me han desvanecido; gracias á Dios, veo clarísimo todo o que antes me parecía obscuro; creo que

la verdad sólo é íntegramente se encuentra en la Iglesia católica; fuera de ella no hay salvación.

—Conque, Francisco, ¿quieres decirme con eso que con sólo confesarme bien también quedará ilustrado mi entendimiento para resolver las dificultades que me objeten mis compañeros?

—Tal vez sí; y en caso de que no consiguieras don tan precioso, por lo menos te hallarías mejor dispuesto para comprender la verdad; porque nada hay que obscurezca tanto el entendimiento y más lo extravíe del sendero del bien como el pecado y las pasiones. ¡Cuántos ejemplos pudiera referirte en confirmación de mi aserto!



INDICE